

## LA GRUTA

Por: Antonio D. Duarte Sánchez

La gruta tenía una entrada submarina que sólo unos pocos conocíamos. A medio día, cuando los rayos del sol alcanzaban directamente los tres metros de profundidad, la luz reverberaba en el agua y durante un par de horas se disipaba la oscuridad de la gruta y la arena de su pequeña playa quedaba cubierta por una tenue aurora azulada que le daba un aspecto fantasmal.

Aquella mañana de julio el sol apretaba con ganas y el mar estaba limpio, casi sin oleaje. Serían las once y media cuando comencé a nadar en dirección a la entrada de la gruta. Sólo en días como aquel se podía ir allí; si la mar decidía moverse las rocas se convertían en cuchillas implacables, pero cuando las olas lo permitían no existía otro espectáculo comparable.

El fondo de la gruta estaba cubierto por una capa de fina arena blanca que había sido arrastrada por las mareas y que ayudaba a reflejar la luz. Por si acaso, llevaba en mi cinturón una linterna y frutos secos, pues ya me había sucedido el quedarme dormido en el interior y tener que esperar el día siguiente para salir de allí. Cuando emergí me encontré un panorama realmente encantador y sorprendente.

Un par de equipos completos de buceo agrupados sobre la arena, en una esquina, dos cuerpos desnudos detrás, abrazados y jadeantes, que no habían notado mi presencia. Decidí advertir mi presencia de un modo discreto, así que me sumergí nuevamente y me di la vuelta para quedar mirando a la esquina contraria. Toqué con los pies el fondo y surgí haciendo todo el ruido posible. Miré un par de veces en la dirección equivocada y nadé hacia la esquina opuesta, dándoles tiempo de ponerse algo.

Supongo que mi cara de sorpresa debió ser lo bastante convincente pues las dos levantaron sus manos y me saludaron.

- ¡Hola!

Su saludo reverberó en la gruta y yo levanté la mano para corresponder. Fui hacia ellas decidido a probar suerte. "Vaya un par" -pensé-

- Hola, soy Rodrigo. ¿Cómo os habéis enterado de dónde está la gruta?.

- La hemos descubierto por casualidad y hemos entrado a explorar un poco. ¿Tú vienes mucho por aquí?.

- Siempre que hace buena mar. Las dos horas en que hay luz convierten la gruta en un lugar muy especial.

Quizá fuera el tono de mi voz al pronunciar las palabras "muy especial". O tal vez que me resultaba imposible separar mis ojos de sus pezones, que aún permanecían erectos a través de la tela del bikini. El caso es que ellas, con esa perspicacia femenina, debieron caer en la cuenta de que las había visto antes, en plena "faena".

Según cuenta mi padre, hace unos años la mera idea de haber sido sorprendidas en una actitud menos comprometedoras habría bastado para ponerlas coloradas de la cabeza a los pies. Hoy, sin embargo, se echaron a reír, cambiaron algún mensaje con la mirada y cabecearon afirmativamente.

- Muy especial y con sorpresas muy agradables. Yo soy Isabel y ella es Luisa. ¿Quieres sentarte con nosotras?.

Vaya una pregunta tonta. Claro que quería sentarme -no sólo sentarme- con ellas. Me incliné para apoyar la mano en el suelo y Luisa me tomó por el brazo, tirando hacia ella y haciéndome caer justo encima. Nuestras bocas quedaron muy juntas.

- Antes estábamos experimentando un poco..., pero nos faltaba alguna cosa.
- ¿Y ya no os falta?. -pregunté-
- Me parece que ya no, aunque tendremos que comprobarlo. -repuso Isabel-

Ella misma se encargó de bajarme el bañador y empezó a pasar su lengua por mis glúteos, mordisqueando de vez en vez y consiguiendo que mi pene reaccionara inmediatamente, como espoleado por un aguijón. Luisa abrió sus piernas e Isabel le desprendió las braguitas del bikini, pero no me dejaron seguir mis instintos.

Me pusieron boca arriba y se deslizaron a mis costados. Acercaron sus bocas a mi pene y empezaron a jugar con él. Sus lenguas parecían látigos que se acercaban veloces a mi piel y la golpeaban brevemente, dejando descargas que me ponían en tensión. Sus pechos estaban plenos, turgentes; sus pezones, duros y enhiestos, apuntaban hacia afuera mientras mis dedos jugaban con ellos y los pellizcaban.

Isabel y Luisa se apartaron bruscamente de mi y formaron un sesenta y nueve con el que parecían querer dejarme, al menos momentáneamente, fuera. Luisa me miró:

- ¿No se te ocurre nada más que quedarte ahí parado?. ¿No hay aquí nada que te apetezca?.

Claro que lo había. Me lancé sobre la vagina de Isabel y la penetré. Luisa hizo entonces trabajar su lengua sobre mis testículos y acarició el clítoris de Isabel ajustándose a mi ritmo. Cuando ésta se corrió, gritando roncamente, cambié de pareja y le tocó a Isabel auxiliarme en la tarea de satisfacer a Luisa.

Luisa tenía sus propias ideas sobre lo que quería. Cogió mi pene con la mano y la dirigió hasta su culo, presionando en él con la punta y relajando los músculos. Isabel metió un par de dedos en la vagina de Luisa y entre ambos iniciamos una carrera frenética que acabó con mi polla corriéndose en la boca de Isabel mientras Luisa frotaba su vagina contra mi pubis.

Visitamos la gruta en cuantas ocasiones la mar lo permitía. Y les puedo asegurar que Isabel y Luisa eran el mejor complemento que cualquier hombre pudiera soñar para un lugar tan especial.

**FIN**